

## EL PARTIDO DEL MIEDO

**E**l tercer aniversario del acceso al poder del presidente Adolfo Suárez se celebra en circunstancias escasamente favorables. El plinto que le ha colocado debajo la televisión, con un programa especial, resulta irónico y desplazado. Por una parte, recuerda demasiado la vieja técnica franquista del culto a la personalidad. No podría ser de otro modo. El instrumento ha ido recuperando su antigua manera, su original utilidad. Parece como si estuviera en su naturaleza, y probablemente lo está: la naturaleza de las cosas es la forma de su nacimiento y de su desarrollo. La naturaleza de los gobernantes, también. Sin embargo, esa tentación termina por ser mala consejera. La entronización del presidente Suárez en los hogares, poco después de la aparición azulada y dura de Abril Martorell anunciando el empobrecimiento colectivo, produce un efecto invertido al que se buscaba. Produce la sensación de que, al cabo de tres años de gobierno de Suárez, hemos llegado a un empobrecimiento considerable. Puede incluso producir la idea, a los interesados, de que a los tres años de democracia —el intervalo Arias-Fraga no fue, de ninguna manera, ni parecido a una democracia— se ha llegado a lo que parece una catástrofe. La situación es mala en todos los frentes. Lo es en el económico y lo está siendo ya en lo social: algunas huelgas —como la del Correo, tan inquietante y tan desorganizadora— parecen adelantarse a las que producirá el otoño, el clásico "otoño caliente" de cada año, pero que éste tiene características especiales. El pesimismo tiene bases concretas en que apoyarse. Además de las características permanentes de la temporada, de cada temporada —la bolsa exhausta por las vacaciones, los colegios, las ropas de invierno, las calefacciones—, hay nuevos datos negativos. Algunas empresas más habrán desaparecido: habrá crecido el paro. Estará en plena discusión el Estatuto de los Trabajadores. Los precios se habrán disparado: los que anunció Abril Martorell no son más que la madre de todos los demás, aparte de la situación alcista psicológica que corresponde al anuncio: cualquier esfuerzo que pudiera estarse haciendo por contener la inflación desde el punto de vista privado, se habrá roto. Haremos las cuentas del turismo y no nos saldrán: además de las viejas amenazas sobre ese sector, han coincido este año las subidas de precios, la apreciación de la peseta y, todavía con un alcance desconocido, pero sí enormemente preocupante, la nueva amenaza terrorista. Los intentos de actualización de salarios se van a encontrar con un frente duro: no sólo el de los empresarios, que se encuentran en situación difícil, sino el del Gobierno, si Abril Martorell cumple su anuncio de contenerlos. Que no cuente con que no se producirá la **fricción social**, ni aun con la amenaza de que va a revertir sobre los más pobres.

**L**a **fricción social**, en circunstancias tan estrechas como la que atravesamos, no es un arma de los partidos políticos de la izquierda, ni una baza profesional de los sindicatos. Sucede que determinadas clases sociales están ya en un equilibrio inestable. Cada día hay corrimientos de tierra en el sentido negativo; cada día caen en el paro más personas de las clases no privilegiadas, cada día descienden de clase los que difícilmente se habían izado hasta la clase media; y la clase media tradicional, la burguesía, se ve seriamente amenazada por los dos extremos. No es fácil explicarles que nos hemos empobrecido

todos. Hay metáforas muy fáciles, muy obvias, para producir el ejemplo: si a todos nos quitan un pulmón, sobreviviremos los que tenemos dos, pero perecerán los que sólo tienen uno. Hay muchas gentes en nuestro país que sólo tienen ya un pulmón, y no sólo obreros, sino funcionarios, profesionales, empresarios. No resulta fácil decirles que se resignen: para muchos, es una cuestión de supervivencia.

**E**l contraste entre el júbilo del presidente Suárez y el dramatismo de la situación por la que atravesamos, en la que penden además otras amenazas graves, es demasiado irritante y puede producir una injusticia: la de considerarle culpable de que todo vaya mal. Tienen razón los oficialistas que proclaman que la mayor parte de nuestros problemas vienen de situaciones externas: es todo Occidente el que atraviesa una situación difícil, como consecuencia del agotamiento de un modo de vida, y esta situación difícil es más dura todavía en España por razones de pobreza heredada y de la falsedad del régimen anterior que se desmorona al contacto con la realidad. No va todo mal porque haya un mal gobierno. Pero lo que sí es lícito sospechar es que ese mal externo y ese mal antiguo podían haberse paliado con otra manera de gobernar, con una situación más franca y más abierta. O, por lo menos, con una imagen que no fuese desde la sonrisa jubilar y el pedestal televisivo a la máscara que llora de Abril Martorell. La sensación es la de que el Gobierno no va por delante de las circunstancias, sino detrás de ellas.

**A**lo que se suma otra inquietud: la sensación que da el Gobierno y su partido de que son la única solución posible. Al anunciar el caos, Abril Martorell anunció que ese caos era la única alternativa contra el caos. Es una táctica vieja. Y está conduciendo a una aceptación del partido gobernante como una resignación; y a la figura de Suárez como una condena. Muchas personas piensan en Suárez como en una muralla: contra un golpe de Estado según unos, contra una invasión marxista según los otros. Es su único centro: la consolución de



La aparición azulada y dura de Abril anunciando el empobrecimiento colectivo produce un efecto inverso al que buscaba.

## LOS MARTIRES DE LLERENA

**F**UI a cambiar moneda a un Banco de Estambul y el cajero, al ver mi pasaporte, me dijo: "Yo también soy español". Ni él, ni sus padres, ni sus abuelos habían estado jamás en España. Era un judío sefardita. Cualquiera español que haya viajado por esas tierras ha encontrado sefarditas, ha visto sus periódicos redactados en castellano arcaico; incluso había —no sé si hay— una emisora de radio en Israel que hablaba en ese idioma. No sé por qué recuerdo aquel sefardita cuando leo las noticias del descubrimiento del holocausto de Llerena, la ciudad donde la Inquisición torturó y mató judíos, cuyos cadáveres se descubren ahora.

Quizá sea una abstracción o un sentimentalismo sentir una emoción y una indignación por los asesinados de hace cuatro o cinco siglos. Me dejo caer a gusto en esa tentación, en ese abstractismo, en ese sentimentalismo. El sentimentalismo tiene mala prensa, mala filosofía, desde hace muchos años. Por los menos, desde que apareció Nietzsche. Habría que reivindicarlo. Limpiándolo de la cursilería, de la falsedad, lo que quedaría —lo que queda— del sentimentalismo es una ternura por el ser humano. Puede ser siniestro, puede ser falso, como cuando lo manipula Carter para hablar de los "derechos humanos". Pero se nota en seguida. Cuando es auténtico, es en sí un valor. Pienso que de nuestra literatura contemporánea lo que se va a salvar es aquello en que roza con lo sentimental.

Quizá una de las formas de salvación de nuestro tiempo estaría en sentirse solidario con todas las víctimas. No es un invento mío: lo fue del cristianismo en tiempos en que el sentimentalismo estaba también barrido. El cristianismo fuera, finalmente, a desembocar en la Inquisición de Llerena fue una de las grandes desgracias de la Humanidad, como que el marxismo fuera a desembocar en las purgas de Stalin y los campos de concentración (el nazismo es otra cosa: desembocó en lo previsto, y no en lo imprevisto, en lo que estaba inscrito en sus bases originales).

Quizá esa solidaridad se siente mucho más en las clases populares que en las que ejercen el poder (por eso las clases populares no tienen más que muy pocas veces ocasión de ejercer el poder). Tal vez porque, comúnmente, salen de ellas las víctimas.

Se puede uno sentir identificado con las momias de Llerena, por lejana que fuera su tragedia. No es un simple sentimiento de culpabilidad compensado. Es, probablemente, una manera práctica de enfrentarse con la vida: sentir el viejo dolor puede servir para evitar el nuevo, y notar la indignación por las víctimas torturadas de entonces podría conducir a enfrentarse con las víctimas torturadas de ahora. ■

POZUELO



El contraste entre el jubileo del presidente Suárez y el dramatismo de la situación por la que atravesamos puede producir la injusticia de considerarle culpable de que todo vaya mal. En la foto, Suárez, al ser nombrado presidente, en 1976.

los asustados. Poco a poco, UCD se ha ido convirtiendo en el partido del miedo. Convengamos en que todo su rostro político se ha basado en esta figura: asustar a unos contra otros. Ha ido consiguiendo, así, una cierta docilidad, por parte de sectores que en otro tiempo —en un tiempo sin miedo— hubieran podido ser, por lo menos, imaginativos.

**P**ROBABLEMENTE esta política no es constructiva. No da la sensación de que se ejerce en el sentido de la gobernación, sino en el de la permanencia en el poder. Parece bastante asegurada. La oposición de la izquierda ofrece muy poca resistencia; la oposición de la derecha va disminuyendo en el sentido de que va siendo integrada, se va sintiendo más comprendida en el sistema de UCD, va considerando inviables los otros procedimientos.

**P**ERO no olvidemos que la dinámica de la vida va mucho más de prisa que la dinámica del gobierno. En estos tres años, el tiempo del presidente Suárez ha sido reductor, ha buscado una lentitud, una parsimonia puramente franquistas; pero Franco tenía la capacidad de dar también una cierta lentitud a la dinámica de vida —cegar las realidades, aislar el país— y esa capacidad no la tiene, aunque la intente, el presidente Suárez. En los mismos tres años en que Suárez paseaba, la dinámica de la vida galopaba; por eso, en otros países, cuando se ha echado encima el lobo de la escasez, había y hay todavía otra capacidad de preparación y de previsión. Aquí no la hay. La carrera la está ganando la circunstancia y no la esencia política. ■